

CÁCERES Paseamos intramuros por la ciudad extremeña muy atentos a lo que nos dicta, desde la torre del Bujaco a la de la Yerba, este bello conjunto fortificado que ha sabido conservar el tesoro de las ideas.



LA MURALLA ELOCUENTE

Publicada en el Diario El Mundo el martes 31 de diciembre de 2013

Sólo los muy aquejados por las fiebres del pragmatismo pueden pensar, a estas alturas de la historia, que las murallas son una simple fortificación de carácter militar para guarecerse de los peligros exteriores.

Hubo un tiempo en que las murallas, con sus torres y sus baluartes, con sus barbacanas y sus puentes levadizos, sirvieron para proteger a los habitantes de la ciudad contra los bárbaros que la sitiaban y pretendían asolarla (porque los ejércitos que amenazan nuestras murallas siempre son bárbaros, por muy leídos y viajados que estén, por mucho derecho y mucha filosofía que nos traigan desde la metrópoli). Las piedras de las murallas, en efecto, fueron útiles para las labores defensivas; pero dejaron de serlo hace ya bastantes siglos, y en esa decadencia de su propósito más evidente asomó su verdadera razón de ser.

Las murallas de las ciudades se levantaron para guardar, de puertas para adentro de las murallas, una idea de la que no conviene olvidarse: la idea de la ciudad. De la ciudad mejor, de la ciudad hecha a la medida del hombre. Una idea que no se debe compartir con quien no sabe apreciarla, como demuestra el hecho de que alguna vez haya querido echar abajo las piedras custodias.

Cáceres, la bien amurallada, ha sabido pensar, ha sabido pensarse, ha sabido conservar el tesoro de las ideas, que vale más que cualquier otro tesoro, a pesar de lo que digan los sabios defensores de ese analfabeto pragmatismo universal que ha echado abajo las murallas de casi todo el mundo. Las ideas —las grandes ideas

capitales— no constituyen ocurrencias que nos lleguen caídas del cielo, al margen de la experiencia cotidiana de los individuos, sino que representan la condensación de dicha experiencia, su destilado puesto al servicio de la felicidad. Porque si una idea no contribuye a la felicidad de los individuos no es una buena idea, aunque sea sutil, aunque sea brillante. La rueda nos hace felices. El fuego nos hace felices. La alta poesía nos hace felices. Como las murallas, y lo que encierran para que no se evapore. De ahí que debamos ser partidarios de una variante cacereña de la felicidad que consiste en pasear siguiendo su muralla, intramuros, muy atentos a lo que nos dicta, desde la torre del Bujaco a la torre de la Yerba, por ejemplo, dando la vuelta al adarve, el orbe que más importa. Necesitamos tocar sus lienzos, como quien amasa un barro docto, y meter las yemas de los dedos entre los intersticios de las piedras, para que curen por el tacto nuestra ceguera de modernidades. Necesitamos pegar el oído a su decir silente, para recordar la obviedad perdida de que la aventura humana transcurre en la conciencia, mientras permanecemos atentos a la escucha de nuestro discurso interior. Hay que frotarse contra su acogedora rugosidad para exfoliarnos de tantas adherencias fúnebres como se han ido sumando a nuestra piel.

Llevo toda una vida dedicado al aprendizaje del pétreo, el lenguaje de las piedras. A pesar de sus innumerables dialectos, he comprobado que la raíz de sus voces patrimoniales es única. Se trata de una lengua que apunta a lo necesario siempre y que rechaza la hojarasca verbal de casi todas las lenguas naturales que conocemos. Me encuentro en el camino de elaborar su primera gramática, y no descarto escribir en el futuro un diccionario básico. Cuando me noto oxidado en mí, por lo común, soltura conversacional en pétreo, regreso a Cáceres para cursar de nuevo un bachillerato íntimo, porque allí se habla de una forma muy pura.

Me acerco a las murallas y les cuento de mí con esa bronca y tierna sonoridad que posee el idioma, tan rico en consonantes oclusivas, y vibrantes, y obstruyentes. Les confieso que soy un desamurallado, que vivo en una Valencia que tuvo sus hermosas murallas y que la estupidez las derruyó, por no acertar a distinguir entre lo que significa que una ciudad se ensanche y lo que supone que esa misma ciudad crezca. Para crecer es necesario conservar la estatura primitiva, la talla original. Abultar en el espacio no supone crecer.

Y Cáceres me responde, entonces, con su clarividencia de solitaria, que todo lo importante se deriva de una gran idea: la sola idea de que la vida debe ceñirse siempre y en todo lugar a la medida del hombre.

Guía

Cómo llegar: La mejor forma de llegar es en tren (www.renfe.es) o autobús. En coche, la A-5 conecta la meseta con Cáceres. Una vez allí, deje el vehículo estacionado en el aparcamiento público Obispo Galarza (no lo va a necesitar).

Dónde dormir: Una buena opción es el NH Palacio de Oquendo (www.nh-hoteles.es). Situado en la Plaza de San Juan, de espaldas a la muralla, el hotel se levanta en un palacio del siglo XVI.

Dónde comer: En Cáceres se puede tapear en la Plaza Mayor y alrededores, la zona de la Cruz de los Caídos, la Plaza de Colón... Con dos estrellas Michelin, **Atrio** (www.restauranteatrio.com), situado en el hotel homónimo.

Más información: En la web oficial turismo.caceres.es

CARLOS MARZAL
